

www.elboomeran.com

Irène Némirovsky

EL MALENTENDIDO

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco



Título original: *Le Malentendu*

Ilustración de la cubierta: Corbis/Cordon Press

Copyright © Éditions Denoël, 2010

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-507-6

Depósito legal: B-7.716-2013

1ª edición, abril de 2013

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

EL MALENTENDIDO

1

Yves dormía como un niño, con toda el alma. Tenía un brazo doblado y la cabeza apoyada en el codo, como si instintivamente hubiera reencontrado la postura e incluso la sonrisa de los niños, inocente y seria, del profundo y confiado sueño de antaño. Soñaba con una larga playa bañada por el sol, con el sol de la tarde sobre el mar, con el sol entre los tamariscos.

No obstante, hacía más de catorce años que no visitaba Hendaya, y la noche anterior, al llegar, lo único que había visto de ese maravilloso rincón de la tierra vasca era un rugiente abismo de sombras —el mar—, algunas luces entre una oscuridad más densa, en la que había reconocido un bosque de tamariscos, y por último otro grupo de luces muy cerca de la orilla —el Casino—, donde en otros tiempos se balanceaban las solitarias barcas de los pescadores. Pero el soleado paraíso de su infancia había permanecido intacto en su recuerdo, y sus sueños lo recreaban como era hasta en sus menores detalles, hasta en el peculiar olor del aire.

De niño, Yves había pasado sus vacaciones más felices en Hendaya. Allí había vivido días dorados y ple-

nos, madurados cual hermosas frutas por un sol que, para sus maravillados ojos, era tan nuevo como en las primeras edades del mundo. Luego, poco a poco, el universo parecía haber perdido sus vivos colores; incluso el viejo astro brillaba menos. Pero, en algunos sueños, el joven Yves, que poseía una imaginación viva y exuberante, conseguía captarlos de nuevo en su primitivo esplendor. Y las mañanas que seguían a esas noches estaban como encantadas por una tristeza deliciosa.

Ese día, Yves se despertó sobresaltado cuando dieron las ocho, como en París. Abrió los ojos dispuesto a saltar de la cama, pero vio el rayo de sol, fino como una flecha de oro, que se filtraba hasta su cabecera por el hueco de las contraventanas, al tiempo que oía el leve sonido de los días estivales en el campo, mezclado con las voces de los jugadores de tenis en los jardines vecinos y el peculiar y alegre rumor —timbres, pasos, voces extranjeras— que basta por sí solo para reconocer un hotel, un gran edificio lleno de gente ociosa.

Yves sonrió, volvió a tumbarse y estiró los brazos, saboreando esos instantes de exquisita pereza como un lujo recuperado. Luego buscó el timbre, que colgaba de un cordón entre los barrotes de cobre del cabezal, y lo pulsó. Al cabo de unos minutos, un camarero entró con la bandeja del desayuno y abrió los postigos. El sol inundó la habitación.

—Hace muy buen día —se dijo Yves en voz alta, como cuando era un colegial y todas sus diversiones y preocupaciones dependían del tiempo.

Bajó de la cama de un salto y, descalzo, corrió hasta la ventana. Al principio se llevó una decepción. Había conocido Hendaya cuando no era más que un pueblecito de pescadores y contrabandistas, y sólo había dos vi-

llas, la de Pierre Loti, no muy lejos del hotel, a la izquierda, junto al Bidasoa, y la de sus padres, a la derecha, justo allí, donde ahora se alzaban una veintena de aquellas casas de falso estilo vasco. Reparó en que frente al mar habían construido un malecón adornado con árboles esmirriados, donde aparcaban los coches. Se dio la vuelta irritado. ¿Por qué le habían estropeado aquel bendito rincón del mundo, que adoraba precisamente por su sencillez y su apacible encanto? No obstante, siguió junto a la ventana abierta y, poco a poco —como se reconoce una sonrisa, una mirada en un rostro que los años han cambiado y, vacilando, vuelven a encontrarse con su ayuda las facciones queridas—, Yves fue descubriendo de nuevo, con dulce y profunda emoción, líneas, detalles, el contorno de las montañas, la espejeante superficie del golfo, la etérea y ondulante cabellera de los tamariscos. Y cuando volvió a percibir en el aire el aroma a canela y azahar que el viento traía de Andalucía, sonrió, ya reconciliado con la obra del tiempo, sintiendo que la antigua alegría le henchía el corazón.

A regañadientes, se apartó de la ventana y fue al cuarto de baño. Pintado y embaldosado de blanco, resplandecía al sol. Corrió los visillos de encaje; al instante, sus primorosos dibujos se proyectaron sobre el suelo, cubriéndolo con una delicada y cambiante alfombra que ondulaba cuando la brisa marina movía los visillos. Mientras contemplaba embelesado el juego de luces y sombras, recordó que, de niño, aquél era uno de sus pasatiempos favoritos. Y cada vez que descubría algún vestigio de su infancia en el hombre en que se había convertido, sentía una punzada de la ternura que nos despierta vernos en una vieja fotografía, mezclada con una vaga angustia.

Yves alzó los ojos y se miró en el espejo. Ese día su alma se parecía tanto a la de las radiantes mañanas de su niñez que su imagen reflejada le causó una sorpresa dolorosa. Rostro de la treintena, cansado, mustio, apagado, con un leve rictus de amargura, ojos de un azul que parecía desteñido y párpados cárdenos que habían perdido las largas y sedosas pestañas. Rostro de hombre joven, sí, pero ya transformado, cincelado por la mano del tiempo, que lenta pero inexorablemente había trazado en la lisa lozanía de la piel adolescente una red de finas líneas, insidiosos esbozos de futuras arrugas. Se pasó la mano por la frente, que empezaba a despoblarse en las sienes; luego, maquinalmente, se palpó largo rato bajo el pelo, que había vuelto a brotar más fuerte en esa zona, la cicatriz de la última herida, la esquirla de obús que había estado a punto de matarlo allá, en Bélgica, junto a aquel siniestro paredón calcinado, entre árboles muertos...

Pero el camarero entró para recoger la bandeja del desayuno, interrumpiendo así sus reflexiones, que habían ido ensombreciéndose poco a poco, como le ocurre al cielo algunos días de verano, cuando su intenso azul se oscurece sin que lo advirtamos hasta transformarse en el gris negruzco de la tormenta. Yves se puso el traje de baño y unas alpargatas, se echó un albornoz por los hombros y bajó a la playa.

2

Se tumbó cuan largo era en la arena caliente, que crujía bajo sus pies. Cerró los ojos, relajó el cuerpo y se quedó aún más quieto para, con cada centímetro de piel abrasada por el sol, con todo el rostro ofrecido a la resplandeciente luz del cielo de agosto, pálido de calor, disfrutar de una sensación única de dicha silenciosa, perfecta, casi animal.

Alrededor, ágiles y semidesnudos, deambulaban hombres y mujeres, jóvenes y atractivos en su mayoría, e increíblemente bronceados. Otros, tumbados al sol en grupo, secaban sus chorreantes cuerpos, como él. Adolescentes de torso desnudo jugaban a la pelota en la orilla, como sombras chinescas deslizándose por la arena clara. Cansado tras el largo baño, Yves cerró los ojos. El fulgor del mediodía atravesaba sus párpados y lo sumía en unas tinieblas de fuego, en las que rodaban grandes soles a la vez oscuros y deslumbrantes. Las olas rompían con ruido de potentes alas, colmando el aire con su sonoro batir. Una aguda risa infantil arrancó de su letargo a Yves; unos rápidos piececitos pasaron

corriendo junto a él y, al instante, un puñado de arena le salpicó el cuerpo. Se incorporó.

—¡Pero bueno, Francette! —exclamó una voz de mujer indignada—. ¿Quieres portarte bien y venir aquí ahora mismo?

Ya del todo despierto, Yves se sentó con las piernas cruzadas y los ojos bien abiertos. Vio una atractiva silueta femenina enfundada en un bañador negro, que tiraba de la mano de una niña de dos o tres años, regordeta y muy vivaracha, con un casquete de pelo rubio, desteñido por el sol hasta volverse pajizo, y un cuerpecito rollizo y tan oscuro como el de un negrito.

Las observó mientras se dirigían al agua. Con placer inconsciente, causado tanto por la pequeña como por la guapa mamá, las siguió con la vista largo rato. No había logrado distinguir el rostro de la adulta, que sin embargo tenía una figura tan grácil como una pequeña estatua. Sonrió al imaginar el cúmulo de circunstancias que habrían sido necesarias en París para disfrutar de aquel espectáculo, que tan natural parecía allí. Según la veía en ese momento, con las líneas y las sinuosidades de su cuerpo perfiladas en el fino bañador, aquella mujer, morena y rosa, le pertenecía un poco también a él, un desconocido, puesto que se mostraba casi tan desnuda como lo habría estado frente a un amante. Quizá por eso, cuando la joven desapareció entre la multitud de bañistas, Yves sintió una pequeña, fugitiva angustia, una de esas extrañas pesadumbres que son a los grandes disgustos lo que el pinchazo de una aguja a la herida de un cuchillo.

Se tumbó sobre un costado con una leve y repentina sensación de tedio y empezó a jugar distraídamente con un puñado de dorada arena, que se deslizaba entre

sus dedos como las finas, sedosas e irritantes hebras de una cabellera. Luego, volvió a mirar el mar, con la esperanza de ver surgir de las olas a la desconocida. Morenas y sonrosadas figuras femeninas desfilaban ante él, pero, para su impaciencia, no la que había visto hacía un momento. Al final, consiguió localizarla gracias a la niña, que atrajo su atención con su llanto y sus pataleos: el motivo de su sonoro berrinche era el agua salada, que sin duda acababa de probar. La mamá reía sin poder contenerse, la llamaba «tontorrón» y trataba de consolarla. De pronto, se agachó, la levantó en el aire, se la sentó en un hombro y echó a correr. Yves apreció con toda claridad el contorno de sus pechos, altos y bien modelados, y de su talle, flexible y robusto, como sólo lo tienen las mujeres muy jóvenes del presente, que nunca han usado corsé, andan mucho y han bailado toda la vida. Fuerte y a la vez delicada, evocaba vagamente la idea de una mujer griega que corriera con el cuerpo erguido, sosteniendo un ánfora sobre el hombro en posición vertical. Así era como llevaba a su preciosa hijita, y parecía muy sencilla y muy hermosa en aquella hermosa y sencilla naturaleza. Con una especie de ansiedad, Yves se apoyó en los codos para observarla a placer cuando pasara frente a él: quería verle la cara. Y se la vio: casi tan atezada y bronceada como la de su pequeña, con la barbilla redonda y hendida por un hoyuelo, los labios rojos, húmedos y entreabiertos, que debían de saber a agua y sal, y la expresión entre candorosa y seria de los niños y a veces de las mujeres muy jóvenes. Luego, también se fijó en la corta melena, en los negros mechones que, agitados por la fuerte brisa marina alrededor de la pequeña y despejada frente, recordaban, fuertes y rebeldes, los rizos de mármol de la

estatua de un adolescente griego. Era realmente bella. Pero ya había desaparecido dentro de una tienda. Yves, que no había tenido tiempo de fijarse en el color de sus ojos, se sintió decepcionado.

Poco después, cruzaba el jardín del hotel. El aire libre y el sol lo mareaban un poco, le producían un ligero dolor de cabeza, irritante y tenaz. Caminaba despacio y con los ojos entornados, sin conseguir librarse de aquella terrible luz, que parecía haber quedado atrapada entre sus pestañas y le hería la vista, acostumbrada a los tonos más apagados del cielo parisino. Al entrar en el vestíbulo, lo primero que vio fue la niña que le había arrojado arena, saltando y riendo a carcajadas sobre las rodillas de un hombre vestido de blanco. Yves lo miró con atención y creyó reconocerlo. Le preguntó su nombre al botones del ascensor.

—Es el señor Jessaint —respondió el chico.

«Pero si lo conozco...», se dijo Yves.

No le cabía la menor duda de que era el marido de la preciosa criatura de la playa; mas, en lugar de alegrarse de la casualidad, que le permitiría conocerla de un modo sencillo, rápido y cómodo, con toda la incongruencia de que es capaz el ser humano, refunfuñó:

—¡Vaya por Dios! Gente de allí... ¿Es que no pueden dejarlo a uno solo y tranquilo quince días?